

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VII — Santiago, Noviembre de 1930 — Núm. 69

Domingo Melfi.

PORTALES (1)

LA máscara del hombre exterior en Portales era contradictoria, paradójal. Sin embargo, tenía un profundo dominio interior. Sólo así se explica la franqueza con que se entrega en sus cartas. El se decía «Ministro plebeyo». Pero un alma plebeya, en el sentido de inferioridad moral, de carencia de originalidad, nunca franquea la zona secreta del espíritu. Coloca entre éste y la posteridad o sus amigos, la máscara del disimulo. Está siempre alerta sobre el juicio que a los otros les merezca su actuación en la vida y hasta adoptará actitudes que le favorezcan, como las del enfermo de popularidad ante un fotógrafo. Su corta vida cruzó únicamente días tormentosos, entre guerras y conspiraciones, entre angustias económicas y efímeros amores. Parecía dotado por la naturaleza para atravesar los caminos intrincados de una sociedad convulsionada que acababa de brotar de un cataclismo guerrero. La atmósfera estaba llena de sombras sospechosas, de rumores siniestros, de actitudes ambiguas. Hizo len-

(1) Este trabajo fué leído por su autor en una de las recientes veladas públicas organizadas por el Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad de Concepción.

tamente el giro interior del hombre que domina su corazón y fué a colocarse en ese punto admirable de observación en el que se es siempre el señor de sí mismo. Así pudo entregarse cada día, en medio de sus menesteres mercantiles, a la tarea de desnudarse ante sus amigos o favoritos. Era siempre él, el hombre en lucha con los acontecimientos, en lucha con otros hombres, en lucha consigo mismo.

Tenía un terrible sentido de la realidad. Percibía lo elemental y aun lo complejo, con extraña penetración de vidente. Los historiadores se preguntan en qué encrucijada moral se había preparado la pasta del dominador. Porque no había hecho estudios especiales; no había demostrado nunca interés por las cosas públicas. Ni siquiera había sido un alumno brillante. Por lo contrario, fué siempre díscolo, revoltoso, burlón y, además, cruel en sus bromas. Por ejemplo, Vicuña Mackenna narra lo siguiente:

Un día en el momento en que salía su padre en calesa, calentó un sombrero de lata barnizado que por economía habían hecho al negro y apurándolo a este, a nombre de su padre, le pasó el sombrero con tal destreza, que el pobre negro se lo puso, chamuscándose la cabeza, con gran risa de su parte y mayor celebración de toda la familia.

El chasco de Bustamante no fué menos duro. Era éste un hombre tímido y sencillo, y fingiendo un día que venían a prenderle a nombre del coronel de Artillería Reina, que tenía su cuartel en la misma plazuela de la Moneda, lo hizo esconderse en una de las maritatas o pozos de relave de la oficina de fundición, y después de tapar la boca con un cuero, le soltó el agua hasta que esta le llegó a los labios, sin hacer caso de su desesperación ni de sus gritos.

En la crueldad de la infancia o de la adolescencia, late o se prepara el germen de la dominación. Circunstancias posteriores pueden desviarlo o atemperarlo. Otras, lo robustecerán hasta hacerle adquirir proporciones temibles. Portales tenía el don de la fuerza,

de la energía. Jugó con los hombres. Hasta el propio Presidente Ovalle fué más tarde víctima pasiva de sus burlas. ¿Sólo Ovalle? También el Presidente Prieto (1). Era sarcástico, implacable. Condición de su naturaleza interior exuberante, a despecho de su exterior delicado. Su espíritu no tenía quietud. Estaba siempre ansioso de dominio: en el colegio, en las relaciones sociales, en su contacto con las mujeres, a las que conoció mucho y sobre las que impuso también el señorío que se desprendía de su mirada; con los hombres que se ponían a su alcance, con los acontecimientos, mientras estos estuvieron encadenados a su voluntad impetuosa.

Merced a la floración admirable de cartas que acaban de publicarse y sobre cuyo aroma vamos a inclinar un instante nuestra curiosidad, Portales se levanta de su osario con toda la gallardía y la entereza de un hombre y se nos muestra en sus altos y bajos, en su grandeza y en su mezquindad, en su sentido inflexible del deber y en su campechanería, en su violencia y en sus costumbres menudas, en su agudeza y en su profundo sentido de las realidades. Portales vuelve. Está hoy a la moda. En la imaginación, el hombre de esta centuria, también convul-

(1) Don Federico Errázuriz, en su memoria histórica *Chile bajo el Imperio de la Constitución de 1828*, dice (Pág. 199), que siendo Portales Ministro de Prieto contaba públicamente en las tertulias y en los numerosos corrillos de sus aduladores, que había hecho consentir al Presidente en que no debía corresponder visita alguna ni presentarse en sociedad, llevando en esto el propósito de que el público no percibiese su incapacidad e ignorancia. Los términos que empleaba Portales para contar estas incidencias eran de lo más chocantes. Al Presidente Ovalle solía recitarle los versos de la composición *El Uno y El Otro* que se atribuyó a Mora, por lo que Portales lo expulsó del país. No obstante eso, el Ministro se divertía en sus ratos de humor, recordándole al Presidente los versos en que lo ponían en solfa.

El uno cubiletea
Y el otro firma y no más.
El uno se llama Diego
y el otro José Tomás, etc.

sionada, lo ve pasear sus inquietudes por las viejas calles coloniales; su garbo juvenil de medallón romano se insinúa en las casonas arcaicas; brota para repercutir en la noche de las Ramadas, entre las mujeres alegres, su voz autoritaria, por entre sus labios finos y fríamente irónicos... En la trastienda de su negocio de paños repasa, sonriendo, las aventuras del inmortal e ilusionado manchego, su lectura favorita; al anochecer, las esquinas bajas y medrosas, c'e Santiago, absorben la silueta gallarda de un embozado bajo su larga capa negra. El caballero Portales va de conquista con su andar rápido y nervioso, con el andar sin sobresaltos del que nunca conoció flaquezas ni vacilaciones.

A lo largo de los caminos que van de Santiago a la Calera, al borde de los cerros cubiertos de espinos, bajo la fresca penumbra de las alamedas, galopa el caballo sobre el cual se inclina la gallarda figura del adolescente enamorado. A la distancia, más allá de los valles adormecidos, que extienden su redondo silencio, bajo los cercos de cerros; más allá de las cresterías que enrojece el atardecer, retumba el cañón de Maipo. La tierra de los caminos sobre la que los cascos del caballo hacen saltar los pedruscos, se estremece con la inquietud de la emancipación... Son los días amenazantes, pero llenos de esperanza de la guerra. Los días en que la servidumbre colonial se aproxima a su término. Portales, en cambio, galopa hacia el rincón en donde lo espera su novia. ¿Qué más da? El gobernará más tarde sobre esa tierra convulsionada por las luchas políticas. Preciso es que la liberten primero, para que el dominador tenga tiempo de hacer su aprendizaje; para que el destino, con el cual aparece aliado, remueva el torbellino de las asonadas militares y de las conspiraciones, sobre cuyo cuello su mano férrea caerá como una zarpa. Será preciso extraer de allí la periferia

civil...: el orden, la paz, la seguridad. Conceptos sobre los que el dominador tiene ideas fundamentales. Seguramente en Maipo se bate a esas horas Vidaurre, el conspirador de Quillota, que en la cartuchera lleva escondido el ideal democrático. Portales, no obstante, volvía la espalda a la gesta de la independencia. ¿Presintió quizás que en ese rumbo, más allá de Calera, se extendía la tierra, erizada de colinas del Barón, en la que años más tarde caería acribillado por esa misma fuerza que él quiso aherrrojar con su imperiosa voluntad? Entre tanto, en su boca fina, en la que siempre erraba una pálida sonrisa desdeñosa, en sus ojos claros que solían inmovilizarse en el dardo de su penetración intolerable, en su frente dominadora abierta por la calvicie precoz, revoloteaban los versos pueriles, fríos, sin emoción, que le diría a su novia:

Las bellas flores que su aroma exhalan
Con sus matices causan mis enojos;
No me divierten, porque no se igualan,
Bella, a tus ojos...

Ni claro arroyo que de peñas duras
Brotan cristales y a beber provoca,
Porque sus aguas no serán tan puras
Como tu boca...

No le interesó a Portales la contienda de la independencia. Estaba en la edad en que se amasan los héroes; pudo correr como todos los jóvenes de su tiempo a ocupar un sitio en la lucha, pero egoístamente prefirió aislarse. Prefirió saborear la pulpa agridulce, que entre sus dientes tibios y apretados, le ofrecía su novia. Juan Manuel de Rosas, en la Argentina, procedió de idéntica suerte. Menos sensual que Portales, prefirió encerrarse en su estancia a ganar dinero y a aprender, en el dilatado señorío

de la pampa, la lección de energía y de dinamismo tortuoso, de instinto defensivo y de malicia del zorro pampa y del gato montés, con la que más tarde iba a dominar sobre Buenos Aires. Rosas no podía tolerar las inquietudes sociales, despertadas por el liberalismo romántico de los unitarios que habían hecho la revolución de Mayo. Portales, a su vez, tampoco podía tolerar el sacudimiento promovido, después de la independencia, por el liberalismo de los pipiolos. Estos países debían estar sometidos al «peso de la noche»; a ese *peso de la noche* de que habló después Portales, en una carta a don Joaquín Tocornal.

La tendencia general de la masa al reposo—decía—es la garantía de la tranquilidad pública (1).

La colonia era el peso de la noche y la emancipación había desencadenado vientos ásperos de contiendas sociales y políticas. Muchos de los opositores patriotas anhelaban separarse de España, pero contaban con seguir en el mismo letargo inconmovible. Portales fué, sin duda, en el fondo revolucionario,

(1) «El orden social se mantiene en Chile *por el peso de la noche* y porque no tenemos hombres sutiles, hábiles y cosquillosos, la tendencia casi general de la masa al reposo es la garantía de la tranquilidad pública. Si ella faltase nos encontraríamos a oscuras, y sin poder contener a los díscolos más que con medidas dictadas por la razón, o que la experiencia ha enseñado ser útiles.» (Carta a don Joaquín Tocornal. Valparaíso, 16 de Julio de 1832.)

Portales no podía comprender la doctrina del liberalismo romántico. Su raíz sorbía la médula del coloniaje al que estaba atado por la tradición y por la sangre. En su vida privada era hombre de «liberalismos» audaces; pero su concepto de gobierno era, en cierto modo, retrógrado. No tenía fe en las doctrinas nuevas desencadenadas por la emancipación y consideraba locuras de «bribones despreciables» los arrestos de los exaltados que luchaban por imponer una constitución de estirpe liberal. La idea liberal amparaba las garantías individuales. (Portales, en cambio, creía firmemente que para organizar el gobierno fuerte no hacían falta las garantías individuales y que además era preciso quebrantarlas y someterlas. Dió muestras sucesivas, en su breve poderío, de que él no entendía al hombre sino como un instrumento dócil y maleable a la voluntad del dominador. Pero también se engañó, porque si conquistar el poder es, en ocasiones, cosa fácil, mantenerse es tarea difícil,

separatista como todos, pero a condición de no quebrantar la disciplina monárquica que mantenía la paz, el orden, esa inercia que se desprende del peso de la noche...

Nunca antes habían resonado, con tal estridencia en América, las palabras «libertad», «igualdad», «fraternidad» .. El envión democrático había roto las tapias de piedras, tras de las que la colonia mantenía su servidumbre social. Pero la masa estaba inerte. La masa consciente, culta, no existía. No se le había dado vida. Existía el encomendero, el terrateniente. Y el inquilinaje—supervivencia de la *encomienda*—obscuro, sórdido, pasivo, se prolongaba, disperso, por los vastos latifundios en los campos fértiles, en los repechos de las quebradas, en la orilla de los ríos torrentosos y traicioneros. Un lenguaje nuevo corría por entre los residuos espesos de la vida independiente. Entonaciones desusadas galvanizaban los espíritus ensombrecidos por la penumbra, tres veces centenaria, y por el letargo de una esclavitud social, sin exaltaciones. Habían descubierto un sentido nuevo en las relaciones humanas. Generosidad acaso de la tierra ya libre que les permitía sentirse conscientes, aunque confusamente presentían la incertidumbre del porvenir. Entre tanto, el terrateniente aristocrático inspiraba la política del gobierno. Era el hombre de más cultura, el que dominaba la masa del inquilinaje y tenía ideas rancias heredadas de la

especialmente cuando para ello se emplean la fuerza, la opresión, la arbitrariedad. Su vida lo demuestra. A medida que sube, se encarniza cada vez más con sus adversarios. Los persigue. No les da tregua. Los humilla cuando puede e intenta, en definitiva, aniquilarlos. Su naturaleza excitable se embriagaba con el poder. Su segundo período en el gobierno fue una era de terror. En ella se yergue, como la «mazorca» de Rosas, en Argentina, el terrible tribunal de los «consejos de guerra permanentes» y los famosos «carros» de presos, en los que se hacía mofa de la dignidad humana. Había llegado ya al punto máximo en el que la tiranía se convierte para el dominador en un hecho natural y en el que para mantener «el hecho» todos los medios se justifican.

colonia. Por otra parte, muchos de los capitanes de la independencia sentían en sus espíritus el estremecimiento de las ideas democráticas. Era, pues, fatal el choque entre los que aspiraban a construir una nacionalidad con entonación democrática y los que tenían en su mano la riqueza de la tierra y el dominio sobre el gobierno. Motines, revueltas, conspiraciones, destierros fueron los resultados de esa larga mañana que siguió a la independencia. Aquellos soldados habían luchado por la emancipación y se habían batido, además, por dar al país una constitución liberal. ¿Podían estar tranquilos? ¿No eran ellos los que se habían encarado con el Director Supremo, en el patio del cuartel de la Guardia de Honor, la tarde misma de la abdicación? ¿No eran ellos los que se habían negado a obedecer a O'Higgins, porque este había dejado de ser un gobernante liberal, tal como lo habían soñado, para convertirse en dictador? (1).

Eran—dice un escritor—románticos que se jugaban la vida por un ideal a la puerta de un cuartel como ya antes se la habían jugado en los campos de batalla.

Sólo que este ideal, en los continuos roces de las

(1) El día de la abdicación, O'Higgins sufrió crueles desengaños con la tropa que él creía apoyaría sus pretensiones de mantenerse en el poder. El pueblo estaba reunido en la plaza del Consulado. O'Higgins, arrastrado por la violencia de su carácter, salió a carrera tendida del palacio, con la casaca entreabierta, sin sombrero, y se dirigió al cuartel de Guías. La tropa lo saludó con aclamaciones y él le contestó haciéndole repartir vino y dinero. Al salir del cuartel, alucinado con las aclamaciones, encontró en la puerta al comandante Mariano Merlo, que acababa de desmontar de su caballo. El Director le preguntó si estaba dispuesto a sostenerlo y como le contestara que *apoyaría las reclamaciones del pueblo*, alzó la mano sobre él y le dió de pescozones hasta arrojarlo fuera del cuartel y arrancarle las charreteras que cargaba sobre sus hombros. Merlo soportó esa ignominia respetando el furor apasionado del Director que en medio de la confusión de sus ideas no comprendía que ese mismo soldado que había llenado el aire con sus atronadores vivas, había, momentos después, a la voz de ese jefe humillado, de ir a defender una reunión de hombres que no arrojaban plata ni brindaban con vino. De ese cuartel voló O'Higgins al de la Guardia de Honor que ocupaba los claustros del convento de San Agustín. La tropa estaba lista ya para salir, y O'Higgins quiso tomar el mando de ella para ir

asonadas y de los motines, se corrompió para dar paso al caudillaje. El caudillaje era la descomposición de la república, el torbellino caótico en el que era urgente imprimir un dominio. Ese dominio fué el que Portales tomó en su mano, dando a la realidad política un terrible sentido.

La idea fundamental de Portales era la del gobierno fuerte. Estos países, se decía seguramente en Lima a donde se había trasladado para realizar algunos negocios y también para olvidar la muerte de su mujer—cosa que al parecer logró muy pronto—; estos países no pueden prosperar sino sujetos a la fuerte presión de una autoridad dominadora. En una carta a su socio Cea, fechada en Lima el 10 de Febrero de 1822, le decía aludiendo a un conato revolucionario:

Son débiles las autoridades, porque creen que la democracia es la licencia.

Portales tenía ya su concepto criollo de gobierno que consiste en imponerse a caballazos. Sólo que el caballazo de Portales, si en el orden teórico o doc-

a imponer silencio a la reunión del Consulado que pedía su retiro. El Comandante Luis Pereira, íntimo amigo de O'Higgins, se opuso a ello, diciéndole: *Este lugar me corresponde a mí. Yo soy quien mando. Pero la persona de V. E. será respetada y considerada.* O'Higgins marchó entonces en medio de esta dolorosa impresión hasta la plaza... Una vez en la Plaza se entregó a los arrebatos y furiosos de su delirio. Paseábase despavorido y agitado por las gradas de la Catedral al frente de la Guardia de Honor. En un momento de arrebato se dirigió a los soldados preguntándoles: *¿No hay alguno que quiera morir conmigo?* El soldado apenas contestaba. No revelaba ni amor ni odio por el Director. Cuando más hacía un pequeño movimiento para aligerar el fusil. Su deseo y su corazón estaban en la voz de mando de su jefe. O'Higgins insistía en no presentarse a la reunión popular. El tiempo pasaba y el pueblo estrechaba a Pereira para que insinuara al Director la necesidad de presentarse pronto en la sala. *No son más que cuatro muchachos los que están ahí reunidos*—le contestaba O'Higgins. *Se equivoca V. E.*—replicaba Pereira—; *es el pueblo sano, la parte principal de la población.*—Domingo Santa María. *Vida de José Miguel Infante.* Págs. 66 a 69.

trinario era una regresión a la vida instintiva, en el orden real era una ley de saneamiento.

Por lo demás, era la primera insinuación del gobierno fuerte y centralizador, concepto político que debía ampliar más tarde en otra carta, que ya es célebre porque ha sido muchas veces reproducida, pues en ella vaticinó el imperialismo económico de los yanquis en la América del Sur.

A mí las cosas políticas—escribía a Cea en Marzo de 1822—no me interesan, pero como buen ciudadano puedo opinar con toda libertad y aun censurar los actos del Gobierno. *La Democracia*, que tanto pregonan los ilusos, es un absurdo en los países como los americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera *República*. La Monarquía no es tampoco el ideal americano: salimos de una terrible para volver a otra y ¿qué ganamos? La República es el sistema que hay que adoptar; pero ¿sabe cómo lo entiendo yo para estos países? Un gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y de patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes.

Portales manifestó siempre desdén para mezclarse en las luchas políticas. Pero, en cambio, sobre el arte de gobernar tenía, como hemos visto, ideas bien claras. Mientras cumplía penosamente sus compromisos comerciales en Lima, en un negocio que fué para él ruinoso, observaba fríamente los acontecimientos. Observaba y amaba: dos formas para llegar al conocimiento y a la sabiduría. El conocimiento de los hombres, cuyas pasiones no tenían para él secreto, puesto que siempre pudo dominarlos, y la sabiduría un poco escéptica que destilaba el amor fugitivo de esencia puramente física de las mujeres que jalonnaron su breve camino de sombras y de esplendores. De aquel joven pálido y doliente que en Santiago, a la muerte de su joven esposa, llenó los templos con sus lamentos y confesiones y estuvo a punto de

ingresar en un convento, nada al parecer quedaba ya (1). El aroma enervante de la Lima sensual en la que aun vagaba al atardecer la sombra de la Perricholi y la necesidad de ganar pronto dinero, disiparon los últimos recuerdos. Así como un buen catador—lo era además de vinos y de viandas—escribía a Cea, en unas pocas líneas, su breve tratado de filosofía amorosa:

Decididamente prefiero las mujeres chilenas a las peruanitas: son muy refinadas y muy falsas, muy ardientes y ambiciosas, muy celosas y desconfiadas y amaneradas. Vivo aquí en compañía de Julia; pero estoy dispuesto a darle la patada. Vivir con mujeres es broma, sobre todo cuando son intrigantes. Nuevo cambio de tierras, nuevas aventuras de amores, amigo.

(1) En una carta trunca de Portales descubierta hace poco, hermosamente comentada por Alone en el diario *La Nación* de 24 de Octubre de 1930, y dirigida a su padre, manifiesta el firme propósito de entrar en un convento. No puede olvidar a Chepita, su mujer. «He llegado a persuadirme—escribe—de que no pudiendo volver a contraer esponsales por el dolor constante que siempre me causará el recuerdo de mi santa mujer, por la comparación de una dicha tan pura como fué la mía con otra que no sea la misma, no me queda otro camino que entregarme a las prácticas devotas, vistiendo el hábito de algún convento. Con ello conseguiría lo que como hombre todavía no consigo ni creo conseguiré jamás: dejar en el olvido el recuerdo de mi dulce Chepa.»

La carta prueba lo que se quiere probar, eso es, que Portales quiso entrar en un convento, desgarrado por el dolor que le causó la pérdida de su joven esposa. Era muy joven entonces y su sensibilidad no había sido sacudida por ningunas de las circunstancias con que lo fué más tarde. Su conducta posterior es la de un hombre hecho y derecho. Muchas cartas de su epistolario dejan ver que lo dominaron «pasiones vehementes» y el *nuevo cambio de tierras, nuevas aventuras de amores, amigo*, junto con lo de hablar siempre de las mujeres como de *objetos*, muestran que su naturaleza no era la coraza de un santuario. El hombre de un solo amor, que se niega más tarde a casarse, romántico por añadidura, hace de su existencia, en materia amorosa, un camino austero. El recuerdo de un amor único y definitivo que la muerte se lleva, llena el espíritu del hombre, cuando éste rinde culto constante a ese amor, de una delicadeza extremada. Los casos son excepcionales, ciertamente, y la vida de aventuras de Portales indica que no era la excepción y si es cierto que respetó los hogares, las hijas y las esposas, en cambio, a las demás mujeres las trató como el hombre de los hechos... No era sobrio por impotencia—que es una forma artificial de delicadeza—; estaba fisiológicamente bien organizado. Era en realidad el hombre...

Todo esto no impidió que más tarde Portales cayera como un colegial en una aventura un tanto bochornosa. En efecto—y empleando su enérgico lenguaje (1)— le dió «la patada a Julia», pero para caer en otra peor. En una carta fechada siete meses después, le comunicaba a Cea los engaños de que había sido víctima de parte de la señorita Z., la que había fingido con él una comedia de inocencia que los hombres, algunos, no toleran, y otros en el mismo caso consideran con resignada filosofía... Portales despertó tarde del sueño con un pleito encima y con la inminencia de un hijo.

Si este pleito se alarga y el doctor no anda listo—escribía—no hay vuelta: tendré que cargarme con una mujer que de todo tiene menos de moral y de un señorito que me echaría en cara mi desvergüenza.

Yo no habría entrado en relaciones—agregaba más adelante—con esta mujer desvergonzada, si hubiera sabido estas circunstancias que me hace repudiarla con toda la fuerza de mis odios; pero tuvo la audacia de fingirme inocencia y para hacerme creer que por primera vez se entregaba en los brazos de un hombre.

La señorita Z., fuera de otros, había tenido relaciones con el propio Cea; pero Portales cayó en la celada. Esta vez el aprendiz de dominador había sido dominado, y esa amarga experiencia suele convertirse, en algunos temperamentos sensuales, en futuro y furioso acicate de dominio y de soberbia.

En realidad los epistolarios ayudan a conocer a los

(1) Portales no velaba jamás el lenguaje. Como era hombre de realidades, se cuidaba poco de atemperar o suavizar las expresiones. El epistolario está lleno de ásperas y crudas interjecciones, de criollismos enérgicos, de palabras de grueso calibre. Por lo demás, en Chile muchos gobernantes se han caracterizado por esta tendencia a mostrar el criollo en todo momento. Aquí subsiste la creencia de que las palabras rudas y los gestos procaces son síntomas de virilidad, de hombría.

hombres, pero franquean zonas lamentables de la naturaleza por sobre las que, a veces, es mejor pasar en silencio. El corazón de Portales permanecía inmóvil en estas aventuras. ¿Hubo alguna pasión sentimental en su existencia? Tal vez la de esa novia de la Calera. El epistolario no lo deja ver. Su vida futura en el gobierno tampoco permite ver el juego del corazón. Vivía éste en una celda impenetrable, y el hombre gobernaba con la fría entereza de un cerebro que no tolera las vacilaciones. El sensualismo suele agostar el corazón e imprimir una energía dominante y calculadora que evita siempre acercarse a esa zona en la que acechan el renunciamiento y la flaqueza.

Lima fué para él la tierra del aprendizaje. Hay un rasgo que es característico en la existencia de Portales: la honradez comercial. En este sentido no tuvo vacilaciones. Fué honrado por encima de todas las alternativas, en medio de sus caídas, en sus más negros días, cuando los negocios iban de mal en peor, en las horas más tempestuosas de su existencia contradictoria. No rehuía los acontecimientos; no les quitaba el cuerpo. Tenía la conciencia de la responsabilidad lo mismo en los negocios que emprendía que en el gobierno, más tarde, al que aplicó muchas de las virtudes del comerciante. Su serenidad proverbial era la del hombre que fía en su fuerza, el dominio del atleta que cumple su misión en el estadio. Portales había hecho de la honradez un culto celoso y profundo, al que cada mañana rendía el homenaje de su energía moral. En las postrimerías de su permanencia en Lima, ya como si dijéramos con un pie en el barco que debía traerle a Chile, escribía a Cea:

Sólo me queda el consuelo de que hemos sido, tanto Ud. como yo, honrados y que jamás hemos echado mano de recursos

negros en nuestras operaciones, porque de todo se nos tachará, menos de ladrones.

Y días después, dando las últimas miradas a Lima, la ciudad enervante, que adormeció con sus perfumes, en el refinamiento y en la molicie, al Libertador San Martín; esa ciudad que a él también lo había enervado arruinándolo al mismo tiempo en sus negocios, escribía con el acento de un hombre resignado que entrevé las sombras confusas de un incierto destino, estas palabras graves y tristes:

Nos retiramos de la tierra del oro más pobres que cuando salimos de la tierra de la miseria. Dejamos en cambio, hijos y amores, pero una reputación sobrada y un crédito lleno de dignidad. ¿Qué más pueden pedir los hombres de verdadera honradez? Ud. y yo vamos ciegos al futuro, pero confiando en nuestra propia fuerza e inteligencia, lucharemos hasta conseguir nuestra felicidad.

En fin, Dios dispondrá de nosotros.

Dios, el destino, él, los acontecimientos.

Cuando penetró de nuevo en la realidad chilena, tenía la experiencia rica de los hombres, de las pasiones, de los intereses encontrados y terribles que en todas partes había desatado la independencia. Era joven, enérgico, impetuoso, con una generosidad que le granjeaba pronto muchas amistades. No era hombre para amedrentarse por los reveses de fortuna, y a pesar de la ruina económica conservaba su humor festivo, su alegría un poco estridente e incisiva, y ese dominio de la voluntad que le permitía atravesar fría-mente sobre los hechos. Un tiempo después toda esa entereza se convirtió bruscamente en odio, en ira, en rencor. Esto ocurrió con el Estanco, famoso monopolio de tabacos, licores, naipes, que el Estado le entregó a condición de que sirviera el empréstito que

Chile había contratado en Londres por intermedio de Irisarri. La casa Portales, Cea y Cía., Portales mejor dicho, manejó durante dos años el Estanco y finalmente, en vista de que los intereses y dividendos no se pagaban con puntualidad, pues el negocio marchaba mal, el Congreso, en medio del escándalo público, se vió en la necesidad de rescindir el contrato. Portales aunque salió limpio en su honradez de la prueba y aun con saldo a favor, no pudo impedir las sospechas infamantes que zumbaron sobre su cabeza. No creemos oportuno analizar aquí esa negociación, que por otra parte ha sido ya bien esclarecida por nuestros historiadores.

Lo cierto es que allí comenzó para Portales el primer ensayo efectivo de poder. A esa naturaleza tan prodigiosamente preparada para el mando y la dominación, el estanco, con su complicada y vasta red de intereses, le había abierto las posibilidades más poderosas de sugestión y de dominio. Puede decirse que el país entero estuvo sometido a la voluntad del estanquero. El estanco significaba el espionaje organizado, la delación consentida. Y todo basado en la ley y en la fuerza pública, puesto que «las justicias y autoridades debían prestar todos los auxilios necesarios» para allanar, decomisar, incendiar y perseguir a los comerciantes o cultivadores de tabaco.

¿Podía escapar ese inmenso poder a la penetración certera de ese hombre que no había hecho otra cosa que agitarse entre cifras comerciales y frías realidades? El gobierno, vacilante y débil, acechado por los caudillos que conspiraban incesantemente, era para Portales una simple abstracción. Despreciaba en el fondo a los pipiolos, cuyo liberalismo romántico, según él, carecía de sostén en la realidad. La masa no existía como fuerza organizada; la opinión descansaba sólo en la voluntad de algunos espíritus elocuentes

o de las familias pudientes, fanáticas y supersticiosas. Muchos de los jefes liberales estaban divididos, sin recursos para afrontar ninguna empresa. No le faltaba voluntad a Portales. Sólo la oportunidad, el hecho, la circunstancia. Todo eso sobrevino de pronto, como una tempestad. Cuando salió del estanco, pudo palpar en toda su magnitud la sombría densidad del odio. El estanquero, se decía, se había preparado un poder enorme. Tribus enteras de la sociedad estaban a sus órdenes. En las provincias más lejanas le obedecían. Era una autoridad invisible, pero efectiva. ¿Qué más? Se hallaban en juego intereses, pasiones. Unos habían despojado a Portales y sus amigos del monopolio del estanco, en medio de turbias acusaciones; los otros habían logrado vencer en la silenciosa contienda. Un partido numeroso, de extensa clientela, se removía a lo largo del país. El jefe de ese partido era un hombre de indomable voluntad.

En un estado social o político desorganizado, se mueven infinitos intereses heridos que acechan la oportunidad para treparse al poder, por medio de la energía de un hombre determinado. Fuera de la ágil viveza interior que le permitía abarcar de un golpe las situaciones y comprender con claridad que sólo si desarrollaba un poder omnímodo podía intentar lo que se llamaba la pacificación del país, existía en Portales la impulsión enérgica de su pasión encendida por el despecho. No vaciló. Una vez en el gobierno ¿qué podían importarle escrúpulos más o menos? Conocía a los hombres y sabía, además, por el instinto de su fuerza, que la inmoralidad de los medios puede hacer posible la moralidad del fin... No sólo inspiró el pacto de Ochagavía, que era una negra traición, sino que humilló a los propios generales que habían intervenido en el tratado de Cuzcuz, obligándolos a desconocer lo que habían firmado.

Comenzó para él esa era de omnipotencia que debía

llevarle tan lejos. Era de extrañas contradicciones y de persecuciones que se enderezaron hacia un solo objetivo: la organización interior del país. Portales no tenía ideología alguna. Ni le hacía falta. Era el hombre de los hechos, sobre los que había que poner el pie cuando se convertían en obstáculos o tolerarlos cuando podían servir a sus fines. De un golpe dió de baja a todos los generales y oficiales del ejército liberal vencido en Lircay. Aventó a las familias de esos oficiales, entregándolas a la miseria. Sedujo a algunos jefes dándoles dinero. Organizó el espionaje, amordazó a la prensa, y de pronto, como si hubiera arrojado lejos la piel que le incomodaba, se encontró convertido en un hombre implacable, distinto del que todos conocían (1).

En medio de toda esa fiebre de poder no perdió ninguna de sus virtudes de negociante y continuó siendo el hombre laborioso, incansable siempre.

No le he contestado hasta hoy su carta del 12— le escribía a su dependiente Newman, el 25 de Abril de 1830, algunos días después de haber asumido el poder—porque a excepción de cinco horas destinadas al sueño, el resto de las veinticuatro no son mías.

Esa naturaleza estupenda no tenía reposo. Tenía a su cargo tres ministerios y se preocupaba de nivelar las rentas del estado.

El presupuesto de la República—dice Vicuña Mackenna—no llegaba a millón y medio de pesos y sus rentas apenas subían de cien mil pesos cada mes, entrada—agrega—que han tenido después, en un año, simples individuos...

Organizaba los cuerpos cívicos con los cuales debía

(1) En una ocasión Portales hizo notificar a la viuda del Coronel Tupper para que quitara inmediatamente de la tumba de su esposo una lápida de mármol que contenía una inscripción alusiva a la conducta del mártir de Lircay, pues, en caso contrario, la haría *arrancar por medio de la fuerza pública*.

aplastar o neutralizar el caudillaje militar. El mismo comandaba uno. Se preocupaba de dotar a cada cuerpo de una banda de músicos, porque el criollo era aficionado a la retreta y porque creía sin duda, como los gobernantes de la China, que la música ayuda a mejorar a los hombres. Mejorar a los hombres... Era esa una de sus preocupaciones. A los empleados los hacía moverse, les pagaba puntualmente y les exigía el máximun de rendimiento. Por las mañanas era el primero en llegar y por las tardes el último en retirarse. No procedía por empeños. Tampoco creaban puestos para servir a los que iban a demostrarle docilidad, haciendo genuflexiones abyectas. Suprimió, por el contrario, por inútil, el puesto que antes él había servido en la Moneda y que solicitaba un hermano político. Estuvo a punto de suprimir el de Superintendente de Moneda que desempeñaba su padre y sólo porque en ese tiempo se sellaba muy poca cantidad de oro y plata. Suyo es el decreto que obligaba a los empleados acusados de inmoralidad a defenderse públicamente, documentando las razones que se dieran para salir limpios de culpa. Hacía publicar semanalmente el balance de la tesorería, para que todos pudieran seguir la marcha y la inversión de los fondos del Estado.



En este programa, Portales aplicaba el principio de su honradez que siempre había distinguido su carácter. Pero era implacable por otros aspectos, especialmente en las persecuciones. Portales tenía la firme convicción de poder mejorar a los hombres aplicándoles la férrea disciplina que él consideraba lo único posible en un país sin tranquilidad pública. Ahora, en su año de gobierno, el país ya estaba de nuevo sometido al *peso de la noche*. Una atmósfera inerte se abatía sobre la sociedad. Nada podía discutirse;

nada podía cambiarse. Prensa y Congreso estaban amordazados, en la servilidad obscura que se arrastraba a los pies de un solo hombre y que surgía de su incontrastable predominio. Una pupila siempre despierta giraba sobre los hombres para descubrirlos en sus movimientos; un oído siempre atento escuchaba todos los pensamientos que vibraban aún en la sombra. Cuneándose al amor de las olas, una barca esperaba siempre a los proscritos que enderezarían su rumbo sobre un mar libre e infinito sólo en la apariencia, puesto que su término aparecía en la línea abrupta de las rocas de Juan Fernández. El principio de autoridad omnímodo lo comprendía Portales como un resorte absoluto que no puede ni debe discutirse, por encima de esa aspiración de las sociedades cultas que apoyan sus relaciones en el derecho y en la libertad. ¿Cómo respondió Portales a los únicos hombres valerosos que se atrevieron en el Congreso a levantar la voz en defensa de los proscritos escarnejados de Lircay? Con la expulsión inmediata. Ellos eran el tribuno Infante y Carlos Rodríguez, el hermano del héroe.

Portales abandonó, después de un año, el poder voluntariamente, rehusando todos los honores. Naturaleza extraña, contradictoria. Pudo ser presidente y no quiso (1). Tenía todo el poder en su mano y lo

(1) A los amigos de las Filarmónicas que le instaban para que asumiera la presidencia, les contestó con una frase que se hizo célebre: «No cambiaría la presidencia por una zamacueca.» En realidad no le interesaba sino *mandar a los que mandaban*, según la expresión de Gandarillas, y que es uno de los rasgos del carácter criollo. No era Portales hombre de estirpe plebeya, y sin embargo, ese rasgo con que lo retrata Gandarillas es el de los hombres de obscuras extracción que, una vez en el poder, se convierten en energúmenos y «dan de patadas» a todo el mundo, ejercitando la abyecta venganza de los que padecieron hambre y privaciones. En Chile llaman «roto alzado» a esa clase de sujetos que de la noche a la mañana, y mediante componendas y manejos dudosos, logran una buena situación y hacen sentir desde ella a los que los rodean todo el peso de su predominio. Se han encimado, pero

abandonó para dedicarse a sus negocios. Salía pobre del gobierno, tal como había entrado. Nunca quiso recibir los sueldos que le correspondían. El país estaba tranquilo. Había ordenado la administración; había deshecho a sus enemigos; había dado lecciones soberbias de desinterés.

El caudillaje parecía aplastado. Detrás de él corrían, sin embargo, las influencias, y él mismo, desde su retiro, no podía dejar de preocuparse de las cosas que había abandonado y ejercía sobre todos el dominio de su voluntad. Desde la trastienda de su negocio, desde la gobernación o desde su refugio de El Rayado, vigilaba su obra; daba consejos sobre todas las materias, censuraba la debilidad del gobierno; se burlaba de los hombres, los ponía en ridículo. ¿De qué pasta estaba hecho ese hombre extraordinario? Como carecía de dinero, se impuso economías estrictas. Por lo demás, siempre había sido un hombre económico. Durante su permanencia en el Ministerio había gastado de su propio peculio en la organización de las guardias cívicas, y ahora los negocios andaban mal.

Ud. me estará creyendo en estado de ahorcarme—le escribía a su confidente Garfias—. ¡Pues no, señor! Estoy fresco porque he sacado mis cuentas y aunque a costa de muchos sacrificios, alcanzo a pagar a todos. Este es mi único deseo, que por lo que hace a vivir, no falta la industria. Haya tranquilidad pública y no moriremos pobres si llegamos a viejos.

Pero la debilidad del Presidente Prieto lo sacaba de quicio. Y entonces exponía un programa entero de gobierno, tal como él lo comprendía y lo había practicado, de rigor y de castigo contra los que procedían mal. Aludiendo al golpe del capitán Tenorio en la isla de Juan Fernández y al desembarco efec-

no han podido borrar la ordinariez del espíritu y la grosería de los modales. El caso de Portales era muy distinto. En el Portales gobernante implacable había un objetivo superior y en el hombre, rasgos de admirable generosidad.

tuado por este en Copiapó con los sublevados, y temiendo Portales haber perdido la goleta *Independencia*, que era de su propiedad, escribía a Garfias lo siguiente:

Diga Ud. a él—al presidente— que él está obligado en conciencia a satisfacérmelas (se refería a sus pérdidas) de su bolsillo, por no haber hecho lo que debía, fusilando a los cruzados de Colcura; que celebro todos estos pasajitos para que la experiencia le abra los ojos y lo convenza de que en materia de política y de gobierno no hay mas que herrar o quitar el banco y de que el malo siempre y por siempre ha de ser malo: que el bien le enfada y no lo agradece y que siempre se halla tan dispuesto a faltar y clavar el cuchillo al enemigo como a su mismo benefactor, por lo que se puede asegurar con certidumbre que el gran secreto de gobernar bien está sólo en saber distinguir al bueno del malo para premiar al uno y dar garrote al otro. En efecto, todo lo que huele a paños calientes y a confundir al bueno con el malo, sólo puede servir para nuestra perdición. Qué lindo papel hace don Ramón Freire, para colmo de sus dichas, proclamado por los presidiarios de Juan Fernández. Averigüemos el origen y lo encontraremos en las consideraciones que dispensó al malo. El peor mal que encuentro yo en no apalear al malo es que los hombres se apuran poco por ser buenos, porque lo mismo sacan de serlo como de ser malos.

Un día Garfias, que conocía su situación difícil, le escribió diciéndole que por el cariño que le profesaban los amigos y por el bien que le deseaban, habían resuelto cobrar al fisco más de seis mil pesos, debidamente documentados, que le pertenecían y con los cuales podría desahogar un poco su angustiosa situación económica. Portales respondió con la siguiente carta:

¿Están locos Estanislao y Ud? Sólo así y por sus buenos deseos puede disculparse el paso que intentaban dar. Primero consentiría en perder mi brazo o enterrarme en el barro que consentir en que se cobrase un peso al Fisco. Desechen Uds. tal idea como tentación del enemigo malo.

Nada olvidaba en medio de sus afanes. Su correspondencia de ese tiempo es una mezcla curiosa de menudencias íntimas, de inquietudes comerciales y rasgos de gobernante. Parecía cansado del ejercicio violento del poder, como si la labor de un año de mando omnipotente hubiera dejado en su espíritu un sedimento de hastío. ¿Se habían mejorado los hombres? ¿Marchaba todo con la regularidad con que él lo había dejado? Estaba todo en paz, todo en calma, y no obstante eso, los amigos le llamaban, acudían a él en todas las oportunidades.

Si Ud. examina bien el origen de todos los males que nos amenazan—le escribía en una carta confidencial a Cavareda—lo encontrará en las consideraciones indebidas que han merecido a nuestro presidente muchas personas que sólo merecían el presidio, y sobre todo a su conducta tan poco pronunciada.

A los señores Tocornal y Gandarillas les respondía:

¿Quieren Uds. que vaya a Santiago? ¿A qué? ¿Cuáles son los asuntos grandes que hay que consultar conmigo y que no pueden ser consultados con Uds? ¿Cuáles son los males que hay que remediar y de que modo puedo yo conseguirlo? Si pues no hay necesidad de presentarme a esa a lucir lo letrado, menos la hay de lucir lo guerrero, porque no diviso al enemigo que se presente a combatir, a menos que este sea algún molino de viento o alguna manada de ovejas. Cuatro bribones despreciables son los que se empeñan en alborotar el cotarro: ¿hay más que darles un grito? ¿Se pretende que yo sea el grítón? (1).

(1) ¡Darles un grito! Es todo un tratado de psicología y especialmente de la psicología de Portales gobernante. Hemos visto que su concepto de gobierno consistía en proceder por golpes. Al criollo había que empujarlo fuerte para que se moviera. Castigarlo sin piedad para que aprendiera a ser bueno. Por eso él se colocaba por encima de la ley, por encima del derecho y de todas las garantías individuales. Y a medida que se internaba en el laberinto del poder, era en él más terrible la concepción de autoridad absoluta. Por ejemplo, es famosa su respuesta al Senador Formas, cuando este fué a solicitarle el indulto para los procesados de Curicó que habían sido condenados a muerte: «Si mi padre conspirara, a mi padre haría fusilar.»

Y a don Joaquín Tocornal estas líneas, en la que cruza ya como un relámpago, el presentimiento de su fin. ¿Adivinaba lo que iba a ocurrir? ¿O acaso el atleta preparaba sus fuerzas para el último combate contra el destino?

Vivamos en tranquilidad los pocos inciertos días que nos restan. ¿Podrá Ud. creer que estoy contento pasándome las más de las noches sin tener con quien desplegar los labios y sin oír otra cosa que un no interrumpido ladrido de perros? Pues créalo o reviente. Me acuesto a las nueve o diez de la noche y tan rendido como en el medio de un llano, pero con toda la tranquilidad del justo... Con esta relación ya verá Ud. lo agradable que me será ocuparme de negocios públicos. Ruego a Ud. pues, por segunda y última vez, que no vuelva a tocarme de ellos.

¿Se engañaba a sí mismo? ¿Sentía que su dominio interior le abandonaba? ¿O es que seguía, como siempre, jugando con los hombres?

Pero había una contradicción manifiesta entre sus propósitos prescindentes y las insinuaciones que enviaba desde su escritorio de Valparaíso. El Ministro defendía su obra y continuaba ejerciendo el poder. El peluconismo había recogido las lecciones de gobierno del dictador y aunque la tendencia de los que están en el poder es desprenderse de la influencia del que lo ha abandonado, no obstante estar este todavía vinculado a su suerte, el dominio del hombre era indiscutible.

Nada tengo reservado para el Ministro de Hacienda—le escribía a Garfias—pero como noto que es lo mismo decirle que no decirle las cosas, porque la marcha sigue y según las apariencias parece que él se acomoda a ella, he resuelto no tocar nada con él acerca del gobierno. ¡A qué diablos matarse sin fruto! Hoy, por ejemplo, he visto que con fecha 24 de este, el Gobierno ha creado un compañía de caballería veterana con la denominación de Carabineros de la Frontera, nombrando de capitán de ella a aquel Rojas, comandante por tantos años

en la montonera de Pincheira y el que lo entregó. Difícilmente podrá cometerse o darse por el gobierno un paso más escandaloso, más torpe, ni más inmoral e impolítico. ¡Cuánto padece con este paso la moral pública! Y cuando debería disolverse el Ejército, en sus terceras partes para aliviar las arcas públicas y atender a otros gastos de primera necesidad, se está creando nueva fuerza. ¿Y el Ministro de Hacienda no puede evitar tamaños desaciertos cuando el de Guerra me asegura que el Presidente defiere ciegamente a sus opiniones? Yo veo las cosas, me confundo, y tengo que persuadirme por fuerza de que yo soy el equivocado: no descubro ciertos misterios; pero no lo es el de nuestra perdición; marchamos a ella con pasos apresurados, y lo que es peor, no encuentro un remedio que no sea peor que la enfermedad.

Y días después, en otra carta a su confidente, como si adivinara cada vez más cerca o viera en la pared de su cuarto de solitario, en el que se recogía a escribir, la sombra inmóvil de ese presentimiento que le oprimía el espíritu—extraña nota melancólica en el concierto estridente de sus cartas, llenas de ásperas exclamaciones, de cóleras violentas, de risas sarcásticas—, estas líneas amargas:

Ignoraba absolutamente que mi padre se hallase enfermo, si no era de sus achaques habituales. La noticia de su estado de gravedad me ha hecho apurar hasta las heces el cáliz amargo que pruebo todos los días.

No me aflige tanto el peligro en que se halla, ni su misma suerte que estoy esperando ha más de seis años; el porvenir, la suerte de los que quedan vivos es lo que más me atormenta. La idea de que mis circunstancias me hacen casi inútil a la familia, en lo que más necesita, me abate; en fin, marchemos para enterar una vida que sólo puede apetecerse con grande ansia por quien no piensa.

Bruscos accesos de pesimismo en su naturaleza que se había vuelto impresionable. Los días son inciertos. Su obra vacila. Los resortes férreos que el hombre omnipotente puso en los rodajes de la administración, parecen vencerse. Por muy enérgica que sea la situación

política de un dictador, en sí misma lleva los gérmenes del desaliento y de la disgregación, puesto que para sostenerse, es preciso dar a la obra gubernativa una continuidad sin vacilaciones, que Portales, a pesar de encontrarse lejos y manejarla desde Valparaíso o desde su fundo El Rayado, no podía darle. Los elementos mismos que habían subido con él al poder, que usufructuaban de la obra de afianzamiento y de organización civil, habían empezado a dividirse, y un rumor obscuro e informe rondaba por las calles y los rincones de las plazas, señalando en Portales a un tirano. En medio de estas fluctuaciones e indecisiones, le llegaban noticias de la debilidad del gobierno para conceder el perdón a hombres que él jamás hubiera perdonado. Refiriéndose a Nicolás Pradel, que había sido nombrado secretario de la Intendencia de Santiago y a quien él había despedido del cargo de oficial mayor de su Ministerio, por pipiolo, le escribía a Garfias:

Me cuesta vencer una fuerte violencia para escribir a Ud. porque no puedo hacerlo sin traer a la memoria el papel publicado por Pradel. Tiene sin duda Ud. más filosofía que yo, porque en vez de la calma que ha manifestado, yo me he revestido de una furia que quisiera descargar sobre ese infame y sobre la conducta de todos los que consienten en autorizar unos escándalos que se han de ir sucediendo hasta que volvamos a la misma o peor época de la que logramos salir a tanta costa. Cuando no hay interés por la justicia, por la ley y por las buenas costumbres, no nos queda más recurso que nuestras propias fuerzas para castigar al que nos ofenda, porque los tribunales y todos todos los jueces nuestros son propensos a proteger el crimen, siempre que no ven que hay quien haga efectivas sus responsabilidades.

Más tarde, olvidándose de todo, desechando sus inquietudes y sus presentimientos recobraba la viveza y la ironía de su temperamento y anticipaba en una carta a su comadre, doña Rafaela Bezanilla, la visión

de un futuro en el que sin duda soñaba con entregarse al descanso cuando abandonara la tormenta de manejar hombres. La carta es al propio tiempo un cuadro magnífico de la época:

Démele Ud. un abrazo a la Dolores y dígale que desde aquí le echo mi bendición, para que sea tan feliz en su nuevo estado. A la Antuca que cuando vea hacer la barba a su vecino eche la suya en remojo.

Vaya, pues, mi comadre querida, dentro de poco será Ud. abuela. Así pasan los tiempos y la mejor hermosura desaparece con ellos. Consolémonos con que cuando Ud. esté sentada en su cojín, tomando el polvillo por arrobos y repartiendo los bizcochos a los biznietos, yo iré afirmándome en mi bastón a pasarme muchas noches con Ud. y puesto a su lado, recordaremos nuestros tiempos, murmuraremos de medio mundo, hablaremos de las misiones y vías-sacras, de los camisones almidonados, de manga ancha, que ahora se usan y no se usarán entonces. Diremos: aquellos zapatos de cabritilla bordados de nuestros tiempos y que ya no vienen; aquellos atacados; aquellas peinetas grandes que parecían canastos de dulces en la cabeza; aquellas bolsas de terciopelo y de mostacillas tan lindas, en que se echaban los pañuelos, la caja, las llaves de las cómodas y de los escaparates, y en que podía echarse hasta la sartén de la cocina, etc., etc., y concluiremos diciendo que ya se acabó el gusto y que todo lo que viene es malo. Ya me parece comadre que nos estamos pasando tan buenos ratos y que en medio de la conversación me le quedo dormido y la Luisa y la Jesús mandan que me prendan la linterna para despedirme, porque les he revuelto el estómago con mi tos y lo demás que sigue, que nuestros padres echaban en el pañuelo y nosotros en la escupidera. Ya me veo averiguando la vida y milagros de todo el mundo y recogiendo cuentos contra el honor de todos para llevárselos a Ud. a la noche! Me parece que estoy oyendo renegar a la Luisa cuando me oiga el Deo Gratias, porque tiene que pararse a hacer cebar el mate para el perro viejo odioso.

Las realidades de su actuación política estuvieron siempre por encima de todas las ideologías y doctrinas. Portales había sido en su vida privada un hombre de extraordinaria pujanza. En el gobierno no toleró nunca el obstáculo, aunque este, en muchas ocasiones, sólo

serviera para atemperar la violencia de sus propósitos (1). Mientras estaba alejado del poder, insinuaba la necesidad de una prensa fiscalizadora o de una minoría de oposición. En algunas cartas aparece bien establecido. Una vez en el poder, prescindía de ellas o las hacía desaparecer. ¿Cómo conciliar los términos de este dualismo si no es remitiéndonos a su carácter absorbente e impetuoso? La misma fracción del peluconismo que lo combatió una vez alejado del poder, y cuyo órgano de prensa hizo callar más tarde, es una buena prueba de ello. ¡Y cosa curiosa! Ese hombre que había conocido tan íntimamente a los hombres, que no les concedía sino un precio muy módico, tuvo la debilidad de creer que nadie osaría levantar su mano sobre él. Jugaba con los conspiradores que conceptuaba temibles, antes de hacerlos fu-

(1) Portales fué presa de una violenta cólera cuando supo que la Corte no confirmó la sentencia del Consejo de Guerra que condenaba a muerte a Freire, después del desembarco de Chiloé. «Portales—dice Vicuña Mackenna—iba a sentarse a la mesa, de regreso del Ministerio y lo acompañaban a comer don Manuel Cavada y don Agustín Vidaurre, cuando aquél le dió la noticia de la sentencia que acababa de pronunciar la Corte Marcial. Púsose lívido el Ministro y al principio no dió crédito; pero apenas había tragado unas pocas cucharadas de sopa, dando suelta a su ira, levantóse con estrépito y dando pasos acelerados, comenzó a jurar y a decir que haría juzgar inmediatamente a la Corte Marcial por la Corte Suprema y que si esta absolvía, a su vez, la haría acusar ante el Congreso o ante Dios.»

Estaba ya Portales en la pendiente resbaladiza y fatal de su poder omnímodo. Ni la ley ni los tribunales de Justicia le importaban, y sólo como instrumentos de su voluntad podía tolerarlos. Le ofició al Fiscal de la Suprema, Magistrado sin principio, y este respondió diciendo que podía acusarse a la Corte Marcial. Portales extendió entonces el decreto que lleva fecha 24 de Noviembre de 1836 y que es uno de los muchos documentos de la época y en que se revela hasta qué punto el Dictador hacía tabla rasa de la justicia y de la dignidad humana. «DECRETO. Los Ministros de dicha Corte, don Manuel A. Recabarren y don José Bernardo Cáceres, quedan suspensos del ejercicio de las funciones judiciales, hasta la resolución de la causa que se les ha mandado formar; y en su virtud, serán inmediatamente puestos en arresto y a disposición de la Corte Suprema: pásese el correspondiente oficio a la Cámara de Senadores, con copia de los antecedentes, para que declare si ha o no lugar a formación de causa contra don Santiago Echevers y a la de Diputados para que haga la misma declaración con respecto a don Lorenzo Fuenzalida; y en caso de hacerlo, quedarán estos individuos comprendidos en disposiciones de este decreto.— Comuníquese y tómese razón.— PRIETO.—*Diego Portales.*»

silar o desterrar. Vidaurre fué primero su enemigo, luego amigo de toda su predilección, para terminar en su verdugo. No lo creyó, a pesar de las voces agoreras que se lo advertían. Pensó que podía desarmarlo mostrándole el lado más favorable de su personalidad, demostrándole que lo creía su mejor amigo. Y sufrió la más terrible equivocación...

Los presentimientos cruzaban, sin embargo, de relámpagos la atmósfera en que vivía. Don Fernando Urizar le comunicó la noticia de haberse descubierto una conspiración. «¿Cómo? debió decirse, ¿todavía se conspira?» La indignación le hizo subir, seguramente, grumos de cólera a los labios que sabían plegarse con frío desdén... Luego, como era hombre de realidades y sabía abarcar las situaciones en rápidos y ceñidos círculos, tomó la pluma y escribió uno de esos acápite en que colocaba la palabra *Reservado*.

Si los maquinadores indicados no consuman su crimen, lo consumarán los que maquinen después. El gobierno ha perdido el prestigio por la vaguedad de su marcha y por la ambigüedad de sus procedimientos. Los malos no le tienen respeto y los buenos, cansados de chascos, le han retirado su confianza. Yo veo un porvenir muy triste: observo que se aumenta la deserción de los afectos al gobierno, y aun de aquellos que los son por su natural propensión al orden y la paz, se ha apoderado una fatal tibieza, que casi los presenta indiferentes, sino como enemigos secretos. Todas las piezas de la máquina se van desencajando sensiblemente y debe para su movimiento precisamente. Nada importaría si la compostura no fuera tan difícil por no decir imposible: no hay artistas tan diestros y tan infatigables cuales lo demanda la naturaleza de la obra: tendrían además que contrarrestar el poder invencible de la ignorancia y de la presunción unidas.

Era justamente él el artista diestro e infatigable que exigía la naturaleza de las circunstancias. Pero cuando asumió de nuevo el poder, se encontró solo. La atmósfera se recogió como en la expectación som-

bría que cierra de tormenta el horizonte. Los hombres que podían servirle estaban cansados o vacilaban. Temían a los signos agoreros, a las voces que resonaban en todas partes a la vez, sin que se supiera de qué punto preciso venían. Su soledad era terrible como la grandeza de que se sentía revestido y con la que iba a arrollar las fuerzas que sin duda se le opondrían, pero que también debían abatirlo en su propia sangre. Su orgullo desmesurado, robustecido por la etapa de alejamiento en la que sintió vacilar su obra, lo mantenía erguido en medio de esa realidad llena de sombras. Una sola voz escuchaba. Una sola digna de escucharse: la propia. La que trepaba desde el fondo de su indomitable voluntad. Ni tibieza ni friaqueza, decía.

¿Cuál era la base de su programa de pacificación? «La inflexibilidad en el cumplimiento del deber y del castigo.» La Constitución misma, que se ha llamado del 33 y que había sido elaborada durante su alejamiento, ponía en sus manos un poder absoluto. ¿Pero le importaba a Portales la Constitución? Eso no era más que una simple abstracción, como lo había sido la Constitución liberal del 28. Aun franqueándole un poder tan ilimitado, él pasaría por encima de ella, camino del supremo objetivo: el orden civil, la paz interior. No importaba a costa de qué sacrificios. Garantías o libertades eran igualmente abstracciones para él. Sólo que el hecho, la realidad fría y muda, la realidad espantable, lo esperaba en las quebradas de El Barón, a él, que había siempre el hombre de los hechos. Y justamente, a la hora en que la realidad personificada en Vidaurre y el capitán Florín repechaba la quebrada llamada de la Hermana Honda, caía sobre su cuerpo, vestido de frac, tendido y exánime destrozados por las heridas, el peso de la noche... (1).

(1) Este peso de la noche brotaba por fin del cadáver desgarrado del Ministro, cuya sangre rojeó aún, por algunos días, sobre la tierra del camino. La tendencia general de la masa al reposo es la garantía de la tranquilidad

Cuando Portales asumió de nuevo el poder, volvía lleno de indignación, pero, como siempre, sin ambiciones. El comerciante que nunca pudo arribar en sus negocios, el hombre que no tuvo escrúpulos para tratar a las mujeres, que consideró a los hombres como instrumentos, asumía todo el poder público, sin corazón. El arte de gobernar—debió decirse—es una tragedia sin corazón. Le había faltado también corazón para las mujeres. Quien recorra su epistolario, volvemos a repetirlo, no encontrará nunca la nota íntima y fervorosa que habla de un corazón rebosante de amor. Y por muy frívolo que pueda parecer este detalle a los hombres materialistas de hoy, nosotros lo recogemos para iluminar un poco su sombrío destino.

¿De qué se trataba ahora que era de nuevo el árbitro de todas las voluntades? Ni de mujeres, ni de negocios, ni de zamacuecas, ni de tertulias. Había que acabar con las conspiraciones, aplastar la hidra de los motines, reducir la anarquía, cimentar de una vez un gobierno capaz de dar estabilidad a la vida civil. La cuestión consistía en no volver la cabeza para mirar a los que caían, ni conmoverse con las lágrimas de las víctimas (1). Por eso, cuando firmó el decreto que creaba los terribles consejos de guerra permanentes—

pública. Era esta su observación de fondo. Empero, para llegar a esa sensación de reposo, de inercia que la noche tamiza sobre la tierra y sobre los hombres, hubo de atravesar terribles alternativas, jugándose su propia existencia. El comprendía que irguiéndose sobre el caos de los motines militares, llegaría a ser víctima de ellos.

Pero al mismo tiempo, Portales se excedió en la medida, por otros aspectos de la vida pública, persiguiendo y despreciando a los adversarios a los que consideraba como bribones de poca monta.

(1) Para la obra que él emprendió el corazón no hacía falta. De la mezcla del hombre de negocios y del sensual, brotó el gobernante impetuoso que se ponía frente a los acontecimientos para vencerlos. La tarea que se impuso habría puesto espanto en cualquier otro que no tuviera el carácter de Portales. Para hacer la república que él soñaba, con hombres virtuosos y rígida disciplina civil y administrativa, era preciso pasar por encima de las lágrimas y de los lamentos. Fué duro e implacable y sin conocer, seguramente, a Macchiavelo y su *Príncipe* entendía la „fórmula que el Secretario de la República florentina le había enseñado a Borgia para gobernar: «Los muertos no vuelven.»

que produjeron las matanzas jurídicas de Curicó, San Felipe y Juan Fernández,—su mano no tembló. Tampoco su corazón que permanecía mudo. ¿Podían temblar la mano y el corazón de un hombre que años antes había dicho, a propósito del tratado de Cuzcuz, que era necesario hacer correr sangre chilena? (1). Por lo demás la hora era para él preciosa y no podía detenerse. Creyendo haber terminado con las conspiraciones, éstas continuaban brotando. El descontento vibraba como un rumor sordo. Y la omnipotencia de un solo hombre no era garantía para los que soportaban, en silencio, el peso de la noche. Había logrado afianzar el orden, la estabilidad. Todo se inclinaba ante su potente voluntad: los hombres que se curvaban ante él, la justicia que se olvidaba de sí misma para obedecerle, el congreso sin energía, la prensa que callaba. La sociedad tenía en la apariencia un aspecto uniforme. Todas las armas estaban sumisas. No surgían voces delirantes, ni flameaban exaltados romanticismos. Nada habla de una conciencia. El espionaje y la delación envilecían los espíritus sumiéndolos en una larga e incierta noche. Pero él así lo quería. En ese hombre de tan enérgica entonación humana, de tan implacable rigorismo, de tan elemental y fría filosofía de la vida, nada existía fuera de su objetivo. Era el hombre de una sola dirección, capaz de llegar al sacrificio temerario con tal de hacer triunfar su pensamiento. Y casi siempre es la propia sangre la que rubrica como un lema trágico el orgullo de los hombres y de los gobernantes.

Despreció todos los rumores, todos los anuncios siniestros, todas las voces amigas que lo llamaban a la

(1) Nota de Portales al General Aldunate, de 24 de Mayo de 1830:

«El gobierno juzga que en el estado en que se encontró el país era necesario y prudente ver con el más profundo sentimiento *correr alguna sangre chilena*, para evitar que después se derrame a torrentes.»

Portales sustentaba la doctrina de que el orden sólo podía mantenerse empleando el máximun del rigor...

prudencia. De un lado le gritaban loco. Del otro, mascullando sordamente las sílabas: ¡tirano! Y él con esa sonrisa desdeñosa que le acompañó toda la vida, les arrojaba, por encima de su hombro, una de esas interjecciones rotundas que sólo los criollos saben pronunciar con virilidad.

Y así, vestido de frac con amplia vuelta en torno del cuello y envuelto en su capa negra, con la misma prestancia e indiferencia con que iba a divertirse, dejó que su birlocho trágico lo llevara por el camino de Valparaíso a Quillota en donde lo esperaba, nervioso e impaciente, el conspirador Vidaurre. El birlocho pasó moviendo su caja en las ondulaciones del terreno, cerca de la quebrada de la Hermana Honda. Acaso echó una mirada distraída a un lado del camino. Tal vez pensó que sería dulce descansar allí bajo aquel árbol, un instante... Pero desechó la idea sin duda. Debía pasar revista al batallón que esperaba en Quillota y era necesario apresurarse. ¿Sabía que el conspirador lo esperaba y quería desarmarlo, con ese gesto de audaz temeridad, del que está seguro de su fuerza y nada teme?

A la noche siguiente, su cuerpo, de cara al cielo, destrozado por las balas y las heridas, semi desnudo y con los pies juntos por los grillos que antes le habían remachado, yacía tendido sobre esa tierra, que horas antes había cruzado en su birlocho. La hidra que él había aplastado, lo había aplastado a su vez, en un último esfuerzo de ciega desesperación.

Contemplada en la perspectiva histórica, la figura de Portales aparece solitaria en nuestra vida política. Lo trastornó todo; lo improvisó todo: administración, ejército, magistratura. Sin ser hombre de estudio, ni de ideología alguna determinada, tuvo la capacidad

para penetrar en el momento que vivía Chile, convulsionado por la independencia, y empleó toda su energía en abatir el caudillaje militar. Y esta fué su gran obra, su obra fundamental. No tuvo un instante de reposo, lo mismo cuando atravesó el gobierno, imponiendo su voluntad y su realidad en todo, que cuando se entregó a sus negocios particulares. El epistolario es la crónica menuda de una época y la historia viva y minuciosa de su vida privada. Escribía sus cartas con todo el desenfado de su naturaleza vehemente. Se desnudaba sin rubores. Se entregaba sin pensar en que plasmaba su propia historia. Y si algo existe que hable con feroz elocuencia de su personalidad y explique mejor que las páginas dedicadas a enaltecerlo o condenarlo—y su actuación no puede eludir lo uno ni lo otro—, es este montón de cartas, en las que el hombre aparece siempre unido al gobernante, en estrecho maridaje, con todas las pasiones y arbitrariedades, con todos los odios y las virtudes, con todas las contradicciones y las generosidades, con todo el egoísmo y la sagacidad, el libertinaje y el orgullo desorbitado, la obcecación y el rigor moral, que tan pronto lo elevan como lo empequeñecen y que se mezclan para formar esa pasta de están hechos los hombres que se plantan reciamente en la realidad.